

HOMENAJE A VALENTIN PANIAGUA CORAZAO



Capítulo 23

COMITÉ EDITOR

Javier Arias-Stella / Juan Incháustegui Vargas
Alberto Adrianzén Merino / Gustavo Bacacorzo / Marita Castro Pisfil /
Domingo García Belaunde / Marco Jamanca Vega /
Francisco Miró Quesada Canturías / Luis Ortega Navarrete /
Henry Pease García / Marcial Rubio Correa / Débora Urquieta /
Alberto Velarde Yañez / Juan Manuel Velarde



**FONDO
EDITORIAL**

PONTIFICIA **UNIVERSIDAD CATÓLICA** DEL PERÚ

Homenaje a Valentín Paniagua Corazao

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2010
Av. Universitaria 1801, Lima 32 - Perú
Teléfono: (51 1) 626-2650
Fax: (51 1) 626-2913
feditor@pucp.edu.pe
www.pucp.edu.pe/publicaciones

Cuidado de la edición, diseño de cubierta y diagramación de interiores:
Fondo Editorial PUCP
Primera edición, noviembre de 2010
Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores

ISBN: 978-9972-42-941-5
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2010-14040
Registro de Proyecto Editorial: 31501361000964

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

UNA CONVERSACIÓN CON VALENTÍN PANIAGUA

Carlos D. Mesa Gisbert

Conocí al Presidente Paniagua como periodista. Tuve el privilegio de hacerle dos largas entrevistas, la primera en 1999 y la segunda en la Casa Presidencial construida detrás del Palacio de Gobierno de Lima, el 23 de julio de 2001, a pocos días de entregarle el mando al Presidente electo Alejandro Toledo. Tuve luego oportunidad de recibirlo siendo yo mismo Presidente de Bolivia en el año 2004. Sospecho que ninguno de los dos supusimos que nos tocaría asumir tamaña responsabilidad en circunstancias difíciles y cruciales para nuestras naciones. Yo ciertamente no podía siquiera vislumbrar, cuando conversaba con el Presidente en Lima, que ocuparía el mismo cargo en mi país dos años después.

Compartimos luego en algunos encuentros internacionales. Valentín Paniagua me pareció siempre un hombre sencillo que no hacía alarde de su extraordinaria experiencia como jurista y sus conocimientos monumentales sobre derecho constitucional y electoral, que plasmó en obras imprescindibles para el Perú y la región. Pero ciertamente es su particular carisma personal, su conexión entrañable de simpatía y bonhomía, la que guardo como recuerdo de las oportunidades que compartí con él en contextos tan distintos y en circunstancias que tuvieron algo de espejo y también mucho de diferencia, por la naturaleza de nuestros propios desafíos como estadistas.

Pensé que el mejor homenaje que puedo hacer a su figura es aportar en estas páginas quizás la última entrevista en profundidad que concedió siendo Presidente Constitucional del Perú.

Mereció volver a ser Presidente y el Perú mereció volverlo a tener como Primer Mandatario por todos los valores que encarnó y en los que creía, pero aún tras su muerte prematura, le dejó a su patria un legado como hombre de leyes, de Congreso y de Estado que queda como ejemplo para hoy y para el largo futuro. Pienso que muchos de esos valores están reflejados en sus palabras en esta entrevista.

Texto de la entrevista de televisión en el programa «De Cerca» realizada por Carlos D. Mesa Gisbert (C.M.) al Presidente del Perú Valentín Paniagua (V.P.) el 23 de julio de 2001

C.M.: Estar aquí en Lima, en el palacio Presidencial del Perú, en el final del periodo presidencial que le ha tocado al doctor Valentín Paniagua en un momento crítico de la historia contemporánea del Perú, pero también en un momento de gran expectativa y esperanza, es un privilegio. En estos meses el doctor Paniagua ha garantizado una elección transparente y el comienzo de la reconstitución de las instituciones democráticas peruanas.

Señor Presidente, la experiencia no solamente del Perú sino de América Latina en los últimos años, plantea un cierto desencanto y descrédito del hacer de la política. A usted le ha tocado quizás el momento más duro de ese descrédito, al aceptar la máxima responsabilidad de su país. ¿Cree que la política está devaluada, y si es así, que es posible recuperar el arte mayor de la política?

V.P.: Estoy absolutamente convencido de que sí, la experiencia del Perú ha aportado evidencias suficientes como para demostrar que ahí donde desaparece la política de verdad que es la política de partidos, la política ideológica programática, es sustituida automáticamente por un pragmatismo que desconoce no solamente los valores sino incluso hasta los propios requerimientos de la política más elemental que debe estar comprometida con los intereses populares y con algunos valores que son pisoteados y desconocidos por completo. Creo que en definitiva la experiencia del Perú revela que sin un sólido sistema de partidos no es posible preservar el Estado de derecho y es siempre posible que naufragen con él los valores fundamentales de una sociedad civilizada.

C.M.: Este razonamiento se puede entender hoy, pero si nos colocamos en el contexto de 1992, quizás el ciudadano peruano estaba pensando exactamente lo inverso, «Si queremos salvar determinados valores tenemos que destruir un sistema de partidos agotado, corrompido», y esa fue probablemente la razón y la bandera para que el presidente Fujimori llevara a cabo con éxito el golpe de Estado. ¿Esto es un péndulo de políticos que pasan de un extremo a otro y no saben administrar razonablemente su responsabilidad histórica?

V.P.: Yo creo que el fenómeno del 5 de abril de 1992 hay que mirarlo con un poco más de cuidado. La coyuntura que permitió el golpe de Estado en ese momento fue cuidadosamente preparada a partir del año 1990. No fue una simple explosión que de pronto barrera con las instituciones democráticas. Fujimori apenas llegó al poder, inmediatamente inició una etapa de franca conspiración al sistema democrático desgastando las instituciones constitucionales. Le pongo tan solo un ejemplo, no obstante que el Congreso tenía mayoría opositora,

le prestó el más sólido respaldo con el propósito de que pudiera acometer la solución de los problemas que el Perú confrontaba en ese momento, Fujimori se dedicó sistemáticamente a destruir todo intento de concierto, de consenso y conciliación. Contó para esto con la participación muy activa y dinámica —lamentablemente— de muchos medios de comunicación que por razón de un proceso que sería largo describir en este momento, aparecían compitiendo con los partidos políticos como mecanismo de intermediación política entre el pueblo y el poder. A esto se sumó el propósito casi siempre claro de las organizaciones gremiales y empresariales que suelen sentirse mucho más cómodas con una autocracia. La suma de todos estos factores a lo largo de los años fue preparando cuidadosamente un golpe que dicho sea de paso fue denunciado oportunamente por muchos de nosotros y cuando digo nosotros me refiero específicamente a alguna oportuna advertencia que hicimos, —entre otros yo mismo— al respecto, pues era clarísimo que el propósito final de la conducta de Fujimori era un golpe de Estado con franca colaboración militar.

C.M.: Este hecho que marcó el fin de un momento histórico del Perú, ¿en qué grado podría, en una visión autocrítica, tener que ver con un mal manejo de los partidos tradicionales, de la administración del poder, del manejo del poder de su credibilidad ante la opinión pública?

V.P.: Un incidente vinculado lamentablemente a la gestión del presidente Alan García y su procesamiento, fue un factor que de alguna manera contribuyó a crear un clima que podía haber justificado ese descrédito. A eso se añadió, es cierto, un fenómeno como el terrorismo, que era capaz de erosionar ese y cualquier otro régimen, la prueba es que el terrorismo no fue finalmente liquidado ni siquiera después de los diez años del régimen de Fujimori, puesto que subsisten aún algunas manifestaciones. Ciertamente que tenues, tan débiles que no podrían comprometer en este momento el desenvolvimiento de la vida social ni política del Perú, pero lo que demuestra es la profunda raigambre del fenómeno que tenía nuestro país. Ninguna democracia y menos unas democracias tan débiles como suelen serlo las latinoamericanas, podía soportar el embate combinado del terrorismo, la conspiración desde el poder, el descrédito a través de una sistemática campaña de los medios de comunicación contra la democracia formal y el reclamo que es siempre insistente de los pueblos frente al temor que suscita la violencia de mano dura y autoritarismo como respuesta para poner fin a una etapa de violencia que fue muy grave en el Perú, que ensangrentó tremendamente a la sociedad peruana y que creó condiciones muy adversas y dolorosas para la convivencia pacífica en el Perú.

C.M.: Para hacer una evaluación de lo que han significado estos últimos diez años, la pregunta más difícil: ¿Usted cree que la historia va a rescatar elementos

positivos del gobierno de Fujimori una vez que pase esta tormenta que tiene que ver con los gravísimos errores que cometió?

V.P.: Yo no lo sé, pero imagino que como acontece con todos los fenómenos políticos se necesita una cierta perspectiva que solo el tiempo da. Creo que es muy pronto para hacer un juicio al respecto, pero sea cual fuera ese juicio hay un balance provisional que parece definitivo y que se expresa en la más grande corrupción que jamás se haya producido en la historia del Perú y en el ataque, diría yo, sistemático a los valores éticos y el desconocimiento más abierto de los valores constitucionales y democráticos, por lo que no creo que la historia pueda ser tolerante con quienes fueron sus autores promotores y cómplices.

C.M.: El Presidente Fujimori pareció tener una idea parecida a: «Después de mí el diluvio». El ataque y la destrucción sistemática de las instituciones democráticas del Perú marcaron de parte de su antecesor una estrategia de demolición de un sistema institucional vinculado a la Constitución y a la democracia. ¿Usted diría que el Perú tiene que construir sus instituciones fundamentales desde cero?

V.P.: Por cierto que si, tiene que hacerlo en el futuro, pero permítame examinar un poco lo que aconteció antes. Fujimori fue apenas un instrumento dócil en manos de quienes habían diseñado cuidadosamente desde el año 1989 lo que se conoce con el nombre del «plan verde», que no era otra cosa que un plan destinado a instaurar en el Perú lo que se denominaba una democracia dirigida, bajo tutela militar, en que los civiles jugaban un papel puramente escénico, mientras el poder detrás del trono manejaba los resortes verdaderos del poder y esa democracia dirigida, naturalmente se sustentaba en instituciones constitucionales débiles manipuladas. Una experiencia concreta: en el año de 1991 la revista *Oiga* publicó parte de ese plan y si usted lo lee y lo contrasta con lo que aconteció en el Perú, descubrirá cómo había casi maquiavélica y diabólicamente exacta correspondencia entre el diseño de ese plan y las realizaciones concretas que iban produciéndose a lo largo del tiempo; eso explica también la forma tan eficaz como se demolió la institucionalidad constitucional y democrática, añadiéndose a esto un factor erosionante de base, que era la violencia terrorista que naturalmente puso a prueba la eficacia de la democracia siempre débil en nuestro continente.

C.M.: Dos preguntas al respecto, la primera: ¿Era la única opción de Fujimori que no tenía ni organización ni estructura partidaria sobre el supuesto de: «Si no me sumo a los militares no tengo futuro»? Y la segunda: ¿Fujimori, que aparentaba una gran condición de decisión y autoritarismo personal, en el fondo era una ficha de un esquema mayor que lo controlaba?

V.P.: Estoy absolutamente convencido de eso, discrepando incluso con muchísimos analistas del fenómeno vivido en los últimos diez años. El verdadero poder detrás del trono no era ninguna organización fujimorista ni el propio Fujimori. Fujimori fue simplemente parte del montaje escénico que sirvió para la perpetuación en el poder de una cúpula militar que deseaba mantenerse en el poder. Los videos hecho públicos en los últimos tiempos que involucran a Montesinos y que nos permiten ver solamente una de sus manifestaciones más evidentes, la reelección presidencial, como un medio para mantenerse en el poder, muestra a quienes desde las sombras controlaban y usaban a Fujimori para sus fines.

C.M.: La decisión que ha tomado su gobierno de la creación de la Comisión de la Verdad plantea un trabajo de largo plazo, pero a la vez parece demandar la necesidad de resultados muy rápidos para desentrañar lo que Vladimiro Montesinos representa como la punta de un gran ovillo.

V.P.: En parte, esa es una de las tareas de la Comisión de la Verdad, pero la tarea sustantiva y fundamental es encontrar la verdad y lograr la justicia como sustento de la reconciliación nacional. El Perú ha sufrido y ha padecido mucho como consecuencia de la violencia, el Perú necesita conocer en profundidad lo que ha ocurrido no para reavivar heridas sino para restañarlas, pero sobre la base de la verdad y con el propósito de liquidar una etapa negra y dolorosa que debimos recordar solo como una advertencia para que nunca más en el futuro la violencia y la confrontación nos enfrenten a los peruanos del modo en que lo hicieron en esas dos décadas sangrientas y dolorosas que le han costado tanto en el desarrollo a nuestra patria.

C.M.: ¿Usted diría que ese complejísimo y poderosísimo aparato montado durante el gobierno del presidente Fujimori está totalmente desmontado? ¿Es, por el contrario, un proceso largo, debido a una lógica en su funcionamiento que está más allá de que se saque una pieza u otra, dada una mentalidad inalterable?

V.P.: Ha habido en el Perú una rápida, saludable y extraordinaria transformación en lo que a la mentalidad colectiva se refiere. El pueblo del Perú ha cobrado plena conciencia de cuán dañoso puede resultar para el proceso de desarrollo nacional el olvido y el menosprecio de los valores éticos, jurídicos y democráticos, hay una reacción en todos los sectores y en todas las instituciones y no excluyo de ellas por supuesto a las propias Fuerzas Armadas, que están realizando un esfuerzo extraordinario por reinsertarse en la sociedad democrática y por demostrarle al país que son capaces de colaborar y contribuir a la afirmación de nuestras instituciones constitucionales.

A esto se suma un proceso político que como todo proceso de destino y significado histórico tiene alcance colectivo, en el que se puede notar muy claramente la fe y la esperanza con que la gente anhela y desea el éxito no solo de este gobierno transitorio, sino del gobierno que se instalará el próximo 28 de julio. Hay otras palabras para decirlo más simplemente, una apuesta resuelta y una determinación muy firme para que nunca más en el Perú vivamos una experiencia semejante y para que el tercer milenio signifique para nuestra nación la refundación de sus instituciones republicanas constitucionales y democráticas.

C.M.: ¿Cómo valora el nivel de relación del Perú con Venezuela después del incidente que generó problemas y complicaciones tras la detención y llegada al Perú del señor Montesinos?

V.P.: Venezuela y el Perú son dos naciones que tienen profundos lazos de amistad y sentimientos de fraternidad que están muy por encima de cualquier incidente suscitado entre sus gobiernos, en todo caso yo no tengo la menor duda de que sus relaciones incluso entre los gobiernos quedarán perfectamente normalizadas después del 28 de julio, o para decirlo más claramente, en el momento mismo en que el gobierno transitorio ponga fin a su mandato. Eso creo que es alentador si contribuye a que se normalicen las relaciones con un país como Venezuela, con el cual no tenemos ningún motivo de fricción ni de diferencia, a pesar de las peculiares características de lo ocurrido.

C.M.: Usted tiene un trabajo académico muy importante en el dominio del derecho constitucional y ha hecho incluso trabajos sobre la figura presidencial quizás sin adivinar que iba a vivir directamente la experiencia. ¿El poder seduce tanto como parece?

V.P.: Tengo la impresión de que tiene un atractivo extraordinario cuando uno accede a él, es el atractivo de hacer cosas y eventualmente contribuir a la solución de problemas, aliviar tensiones y de pronto descubrir que esto es posible. Impulsar en las personas con mucha fe y mucha esperanza a pesar de las grandes dificultades, sus mejores potencialidades, poner una suerte de luz en medio de la oscuridad que significa la falta de posibilidades de desarrollo inmediato. El poder me parece un mecanismo generador de ilusiones mucho más que la palabra, la palabra por ejemplo del líder, del conductor, porque hay la posibilidad siempre de hacer partícipes a los demás en la tarea común y suscitar en ellos la satisfacción y el orgullo de contribuir a hacer algo para transformar la sociedad, para resolver un problema. Creo que el otro aspecto del poder, aquel que envanece porque confiere ciertos privilegios o determinada posición, es el aspecto más banal, menos importante y menos notorio, pero sí muy significativo cuando uno no tiene un mínimo de interés en los problemas y necesidades de los demás. En todo caso, mi experiencia es breve como para pontificar sobre el tema.

C.M.: ¿Cuál es el secreto para que un presidente sea respetado, no temido ni despreciado?

V.P.: En primer lugar, no agraviar a nadie, no hacer daño a nadie, imagino que simplemente obrar como cualquier ciudadano común y corriente respetuoso de la ley y no sentir que la ley es menos exigente para él que para los demás, imagino que digo esto porque también en ese sentido es un poco difícil que yo me ponga a recetar.

C.M.: ¿Es cierto que cuando el presidente Paniagua va en el automóvil presidencial respeta la luz roja?

V.P.: Mire usted. Yo he sido una persona que circulaba por un área de la ciudad que por coincidencia circulaban altos funcionarios del régimen pasado que se desplazaban con una enorme seguridad y con frecuencia atropellando el derecho del ciudadano. Eso me molestaba entonces y aún me disgusta ahora que no se respeten las normas establecidas porque creo que el gobernante y los gobernados tenemos los mismos derechos. Más que por una pose, es simplemente el rechazo que a los hombres de derecho siempre nos produce, que se pretenda que una persona porque tiene una determinada posición, no está obligada a respetar las normas que están impuestas a los demás.

C.M.: En lo conceptual, en nuestro sistema democrático, el de los países latinoamericanos, somos esencialmente presidencialistas. Sin embargo, el Perú tiene la figura de una especie de primer ministro al lado del presidente. La posición suya de perfil bajo tiene que ver con su naturaleza de carácter personal o con una visión de cómo debe manejarse el cargo presidencial. ¿Cuál es la diferencia en cuanto a poderes y responsabilidades entre el presidente y ese primer ministro?

V.P.: Antes de referirme a ese segundo punto que me parece importantísimo hay un primero, creo que hay un error de óptica no solo jurídica sino política cuando se supone que el presidencialismo importa la personalización del poder, el presidencialismo no riñe ni excluye la posibilidad de que en él la presidencia esté institucionalizada, en la que el presidente tiene un papel y una función específicos que no impiden que otros organismos e instituciones participen muy dinámica y activamente en la producción de las decisiones y en la conducción del destino colectivo. Lo que creo que ocurre frecuentemente es que se produce una absorción por parte de los presidentes respecto de las instituciones que armónicamente deberían colaborar con él y participar en el proceso, convirtiendo la presidencia en una suerte de caudillismo o mesianismo pernicioso para la institución presidencial.

En el caso del Perú —ahora sí le contesto la pregunta— el diseño constitucional ha previsto por un lado un jefe de Estado, que al propio tiempo es jefe de Gobierno, que es el Presidente de la República, pero a la vez hay un jefe

del Consejo de Ministros, que en cierto modo es también el jefe de Gobierno y como dice la propia Constitución, el más importante vocero del gobierno después del Presidente de la República. Él es el responsable de la exposición de la política general del Poder Ejecutivo antes que el Congreso, a él le corresponde solicitar el voto de confianza al Congreso al iniciar sus funciones y actividades ministeriales, y le corresponde también siendo un solo un *primus inter pares* en el Consejo de Ministros, la conducción, la coordinación y en cierto modo la articulación de las tareas del gobierno, refiriéndome en este caso a los ministros, permitiendo así que el presidente cumpla la función representativa interna y exterior sin que interfiera en la tarea específica que corresponde al presidente del Consejo y a los ministros. A su turno los ministros, por previsión constitucional, son los jefes de los servicios públicos de sus respectivas reparticiones y por ello mismo son el órgano de comunicación entre el gobierno y el Congreso y naturalmente tienen que ser los órganos de comunicación más calificados entre el gobierno y la opinión pública. En nuestro caso, el propósito era reinstitucionalizar constitucionalmente al Perú. No se trata por lo tanto de un estilo personal que nosotros hayamos tratado de imprimir con el doctor Pérez de Cuéllar, que es una personalidad excepcionalmente descollante y personalmente tiene vigor y presencia interna e internacionalmente, sino tan solo el cumplimiento de lo que creemos es el diseño previsto en la Constitución para un gobierno presidencial racional que puede funcionar institucional y no personalmente.

C.M.: Señor Presidente, en Bolivia, por la fuerza de las circunstancias, hemos aplicado un sistema híbrido en la elección presidencial. La «primera vuelta» por decirlo así, es a través del voto directo y en vez de la segunda vuelta que se ha impuesto en casi todos los países de América, en Bolivia el voto se da en el Parlamento si el candidato ganador no obtiene la mayoría del 50% más uno de los votos. Esto ha obligado a coaliciones —antes de que el Presidente se posesione— que garanticen la gobernabilidad, pero a la vez ha envilecido el mecanismo. Hay voces que plantean ir ya a un sistema parlamentario en el que el concepto de representatividad presidencial sea claro y el poder real esté en un primer ministro, lo que establezca que el Parlamento le quite su confianza o la ratifique en momentos de crisis. ¿Cuál es su punto de vista sobre esta opción en América Latina?

V.P.: Habría que estudiarla con un poco de detenimiento, pero en principio creo que por la naturaleza, el carácter y la tradición de los pueblos latinoamericanos, tenemos una suerte de inclinación casi incoercible hacia el presidencialismo y esto tiene mucho que ver con lo que García Calderón en el año 1905 en el Perú contemporáneo nominaba como Cesarismo, que es una herencia española muy arraigada en nuestro espíritu. Por esa razón todos los

ensayos parlamentarios en América Latina han fracasado, pero han fracasado además porque son inauténticos. Un país no va ni al presidencialismo ni al parlamentarismo solo obedeciendo al cálculo político. Muchas veces queremos corregir en las instituciones los errores que son efectos que hay que corregir en las personas. A veces no hay que cambiar la institución, hay que cambiar el comportamiento de las personas. Uno u otro mecanismo puede fracasar como ha fracasado en América Latina el régimen presidencial y el régimen parlamentario, mientras no cambien las personas, no cambie la manera de hacer política. Si no cambiamos es probable que todas las fórmulas que se diseñen o imaginen terminen naufragando con el fracaso. No digo que sea este el caso de Bolivia, estoy haciendo un razonamiento de carácter general, pero el parlamentarismo tiene sus desventajas y tiene sus ventajas, el parlamentarismo ha funcionado muy bien allí donde hay un sistema electoral mayoritario, por ejemplo Inglaterra, pero no funcionó bien en Francia donde había un sistema electoral proporcional. Usted recordará bien la Cuarta República Francesa, que se caracterizó por una enorme inestabilidad y la salida finalmente que tuvieron que buscar los franceses en la Quinta República, luego de un momento traumático, De Gaulle optó en 1958 por el referéndum, pues demostró que este sistema que los franceses quieren llamar semipresidencial fue una receta apropiada para una situación que la Cuarta República había abierto.

C.M.: ¿Quizás Italia es un ejemplo de preocupante inestabilidad de un sistema parlamentario?

V.P.: Podría serlo, con la diferencia de que en Italia hubo durante muy largo tiempo una hegemonía muy grande del partido demócrata cristiano y una oposición relativamente débil, mejor dicho una oposición que fundamentalmente descansaba en torno al partido comunista. Había ahí una forma de bipartidismo comparando el bipartidismo inglés con un sistema además proporcional que por distintas fórmulas funcionaba casi como un sistema mayoritario. No hay que olvidarse de que un sistema político depende muchísimo también del sistema electoral. Ahí donde se opta por el sistema proporcional que dispersa mucho del voto y fomenta el multipartidismo, las naciones están condenadas a hacer democracias de consenso; en cambio ahí donde se opta por un sistema electoral mayoritario, las democracias de mayoría al estilo sajón tienen muchísimo éxito, pero todos sabemos bien que no depende tan solo de elegir apropiadamente las fórmulas. Por ejemplo, el bipartidismo inglés, que ha logrado consolidar el sistema parlamentario, no ha sido un sistema que garantice una apropiada representatividad del pueblo inglés, y es por eso que el Primer Ministro inglés propuso, hace escasamente dos años, abandonar el sistema mayoritario para darle al pueblo una mayor representación en la Cámara de los Comunes, porque esa

cámara con el sistema mayoritario con frecuencia no es tan representativa de la realidad electoral inglesa.

C.M.: ¿Asumo que se inclina usted en América Latina por el presidencialismo?

V.P.: No, no es que me incline, sino que creo que hay una tendencia estructural —que tiene que ver con nuestra mentalidad y con nuestra tradición— que favorece más las fórmulas presidenciales que las parlamentarias, por lo mismo que en América Latina no hemos sido capaces de crear sólidos sistemas de partidos. El parlamentarismo se funda básicamente en los diálogos, las concertaciones, los consensos, lo que requiere estabilidad institucional en los grupos dialogantes, porque si no la institución pierde el rumbo. Tiene que existir un sistema de partidos muy sólido, para que funcione.

C.M.: A este propósito señor Presidente, ¿Cómo vislumbra usted el futuro de los partidos políticos en el Perú? El único partido que sobrevive, más por el caudillismo de Alan García que por otra cosa, es el APRA. Su propio partido, los otros con tradición, ¿tienen perspectivas?

V.P.: Una visión muy atenta de la realidad peruana le revela a usted de inmediato que gran parte del fracaso de los partidos políticos tiene que ver con el régimen de los medios de comunicación existentes en nuestro medio. Me explico. Sin acceso a los medios de comunicación, los partidos políticos o los grupos políticos desaparecen, y entonces el gran elector no es el pueblo sino el dueño del medio de comunicación. La prueba de ello está en que en esta elección última que hemos tenido, creamos una franja electoral que después de mucho tiempo permitió al pueblo del Perú a los partidos políticos acceder de un modo más o menos equitativo a los medios de comunicación. La competencia política se había vuelto una competencia plutocrática, solo podían acceder a los medios de comunicación aquellos que tenían recursos económicos suficientes, y eso era no solamente antidemocrático por el hecho mismo de que se fundaba en la disposición de recursos económicos, sino por que se negaba al pueblo la posibilidad de informarse cabalmente sobre las diferentes opciones. Yo estoy seguro de que el panorama político de este o de cualquier otro país con acceso equitativo a los medios de comunicación —naturalmente con una organización apropiada, con líderes capaces de llegar a la opinión pública— pueden robustecer mucho las instituciones partidarias. Cuando usted menciona el caso de Alan García y el APRA yo le podría añadir que no es el único; Fernando Olivera tiene un partido que ya tiene cierta antigüedad, Lourdes Flores no es nada más ni nada menos que la representante del Partido Popular Cristiano, que es un partido que tiene tendencia social cristiana y si Acción Popular no ha tenido en esta elección una presencia mucho más vigorosa, se ha debido a la circunstancia de que no hemos competido con un candidato presidencial que como sabemos

bien y suele decirse en el lenguaje político normal, sin locomotora es muy difícil arrastrar los vagones del resto del partido.

C.M.: Ese es un tema que está vinculado con el presidente electo Alejandro Toledo, que nace con una organización frágil —o usted me contradecirá— como la que tuvo el presidente Fujimori al comenzar su gobierno, que a la hora del desafío estructural y sobre todo de contar con cuadros políticos e institucionalidad partidaria pueden marcarle debilidades peligrosas.

V.P.: En política soy mejor historiador que profeta. Pienso que el presidente Toledo es perfectamente consciente de los riesgos que implica una suerte de desinstitucionalización de su propia organización, y lo es mucho más su actual secretario general, que tiene muy clara noción de la necesidad de mantener no solamente cohesionado a su partido, sino con una coherencia ideológica y programática que responda cabalmente al programa diseñado por el presidente Toledo en el curso de la campaña electoral. Si se mantiene esa actitud vigilante y preocupada, por parte de los dos más caracterizados líderes de ese movimiento, ese riesgo es lejano, ojalá no ocurra, porque ciertamente podría perturbar el éxito de una transición democrática que mucho depende de la solidez y de la madurez sobre todo del partido de gobierno, esto es del presidente Toledo.

C.M.: Me atrevo a decir, señor Presidente, que usted deja como legado la recuperación del respeto y de la transparencia y de la honestidad, como una norma en la presidencia de la República, pero mas allá de ese rasgo que será muy importante, ¿qué es lo que más destaca de lo que ha hecho y qué es lo que le ha quedado por hacer en esta gestión?

V.P.: Creo que el si tuviera que escoger entre los llamados logros de gobierno para de alguna manera referirme a algunas tareas que hemos cumplido en esta etapa, yo escogería nuestro esfuerzo afortunadamente exitoso por crear mecanismos de concertación y de diálogo y de institucionalizarlos, con una respuesta por parte de la sociedad civil a través de todas sus instituciones, y en general, del pueblo que demuestra que la concentración en el diálogo es una necesidad sentida y al propio tiempo es un cauce por el que todos desean marchar, coincidiendo con ese propósito final que le señalaba de instaurar por encima de la democracia electoral una democracia gobernante, una democracia dialogante, una democracia dinámica, que permita la participación de todos en alguna medida, y no una democracia gobernada por los ganadores de la elección enfeudada al capricho de los que tienen una mayoría transitoria, que de repente olvidan que la sociedad es muy dinámica y que puede cambiar en sus simpatías o antipatías, y, en sus aspiraciones y deseos, y que por lo tanto hay que tratar de sintonizar permanentemente con un contacto, igualmente permanente, con todos los sectores, abriendo la posibilidad de que todos sientan que son parte de un quehacer

que solamente puede tener éxito si es un quehacer colectivo en el que todos se sienten comprometidos.

C.M.: Ya se lo han preguntado. Ya ha probado el «dulce» de la presidencia. ¿Quisiera volver a probarlo? ¿Se animaría a ser candidato? ¿Está en su cabeza algo que quizás no estuvo en el pasado?

V.P.: No, en verdad que no, con absoluta franqueza, hay mucha gente que no me lo cree pero hoy se lo puedo decir con toda franqueza. El poder me intimida y mi preocupación mayor es otra, yo creo que puedo ser sumamente útil en este tipo de debate, le podemos decir de prédica, y esta labor de dar convicción a mucha gente de la necesidad de crear instituciones sólidas, de hacer una genuina transformación que genere lo que decimos aquí en el Perú, un sentimiento constitucional con un clima ideológico y cívico que es el único propicio en que pueden nacer y desenvolverse verdaderas instituciones democráticas y constitucionales y finalmente servir de soporte sólido y firme a un Estado de derecho sin el cual tampoco puede conseguirse un verdadero desarrollo.

C.M.: ¿Qué parte de su corazón está con Bolivia, señor Presidente?

V.P.: Yo soy peruano, pero tengo el profundo afecto y el recuerdo de Bolivia primero de mi niñez y segundo de toda mi vida, porque mi padre, que era un boliviano apasionado que terminó nacionalizándose a los setenta y tantos años por sentirse un ciudadano peruano también, pero que amó profundamente a Bolivia, nos enseñó a querer a Bolivia, nos mantuvo siempre vinculados a Bolivia. He leído por ejemplo que cuando yo era niño en mi casa recibíamos dos veces por semana «El Diario» y «La Razón», que eran los dos grandes periódicos de Bolivia de la época y hasta ahora recuerdo que un amigo de mi padre, el señor Grover Zárate, que era funcionario de la Casa «Howson», que no sé si existirá hasta ahora, nos enviaba —y recuerdo hasta ahora que yo coleccionaba— los suplementos del «Diario» y «La Razón», que eran extraordinarios, estupendos porque tenían no solo artículos sino material informativo para el colegio que era muy útil para hacer las tareas.

C.M.: ¿Cuáles son los lugares más entrañables de Bolivia para usted?

V.P.: En primer lugar Tupiza. Luego Sucre, no me cabe la menor duda y La Paz misma donde he vivido. Son los lugares a los que he estado vinculado de alguna manera. Tupiza porque era el lugar donde hice las amistades de niño y donde recuerdo a muchísima gente hasta ahora, hace poco con enorme sorpresa descubrí que Franz Ondarza, que es antiguo amigo mío, lo conozco hace más de treinta años, pues él también pasó su infancia allí a partir de que yo deje Tupiza, más o menos por el año 46. Entonces descubrí con enorme sorpresa que teníamos los mismos amigos que yo había conocido de niño y aún ahora yo puedo

recordar a muchos de ellos, es probable que ni se acuerden de mí, pero yo no los he olvidado.

C.M.: ¿Puede nombrar a algunos de ellos?

V.P.: Como no, para comenzar a Fernando Inchauste, con él me he visto mucho, siempre tuvimos una entrañable amistad personal que no se ha perdido nunca. Rosa Artola, sé que ha muerto. Gonzalo, que era ligeramente mayor que yo, Enrique que era de mi edad, Mario era el mayor, en fin, me acuerdo de Fernando Torres del Carpio, cuyo padre era entonces diputado de la provincia de Chayanta del departamento de Potosí, los Bernal que igualmente eran muy amigos míos, me acuerdo de personajes de Tupiza, el doctor Elio que era un médico que tenía su casa en la plaza principal de Tupiza, el señor Benito Leyes que era un personaje maravilloso que recuerdo, iba en su *sulki* jalado por caballos y circulaba por la ciudad, una cosa tan bonita. Otro personaje que había en esa época era el administrador de la hacienda Oploca y que solía venir hasta Tupiza no en el tren si no en una carreta...

C.M.: Usted le debe una visita a Bolivia y lamentablemente no se ha podido producir como Presidente del Perú, pero espero que en su corazón esté el deseo de volver a Bolivia prontamente.

V.P.: Bueno, Fran Ondarza me transmitía el otro día que el Presidente Banzer le había encomendado en medio de su situación tan difícil, su profundo sentimiento de que no pudiéramos reunirnos como teníamos previsto el 19 de este mes. Yo quiero decir que para mí ha sido muy doloroso y frustrante que no se llevara a cabo esto, no solo por el hecho de que era importante, sino por las circunstancias de salud que han rodeado al presidente Banzer y quiero aprovechar esta oportunidad para expresar mis más fervorosos deseos por su recuperación. Sí, iré a Bolivia por cierto y lo he de hacer prontamente además, con un enorme deseo de reencontrarme con algunos viejos amigos de niñez que sé que algunos de ellos guardan recuerdos míos también, porque los años van pasando y es peligroso, porque en cualquier recodo del camino uno puede encontrarse con una sorpresa inesperada y definitiva. Creo que es bueno para —llamémosle así— el recodo del fin de la vida, recordar un poco las cosas gratísimas que uno ha encontrado a lo largo de ella, y en medio de esas están los recuerdos de la infancia, que siempre suelen ser un alimento espiritual que ayuda a vivir y a vivir bien.

C.M.: ¿Es cierto que para los serranos es más complicado hacerse en Lima, vivir en Lima, imponerse en Lima? ¿Cuál ha sido su experiencia?

V.P.: No lo creo, yo no he tenido mayor dificultad, he tenido mucha suerte y a diferencia de muchos costeños he tenido posiciones muy importantes antes que muchísimos de ellos. He sido ministro a los 28 años, cuando era muy joven, he tenido todas las posiciones a las que puede aspirar un parlamentario o

un político a lo largo de su vida. Para mí no ha sido ninguna limitación, por el contrario, ha sido un título de noble orgullo ser cusqueño y una carta de presentación muy valiosa para valerme en el medio político peruano, puesto que eso con justificadísima razón da mucho prestigio.

C.M.: ¿Usted cree que hoy ha cambiado la imagen histórica del Mariscal Andrés de Santa Cruz, figura fundamental en la vinculación republicana entre Bolivia y Perú? Santa Cruz ha sido un hombre resistido en muchos círculos peruanos y también en círculos bolivianos, en unos porque «quería imponerse» y en otros «porque quería subordinar a Bolivia». ¿Cuál es la imagen que usted tiene de Santa Cruz y en qué medida usted cree que es una figura de confraternización en ambas regiones?

V.P.: Permítame un juicio previo antes de contestar su pregunta. A mí siempre me ha parecido una tontería declararle la guerra a los muertos y solazarse con el placer de destruir la imagen cual si uno fuera un enemigo contemporáneo de ellos. Me parece que eso además de ser un anacronismo inadmisiblemente y absurdo tiene el peligro de que fomenta inquinas y las mantiene vivas impidiendo que se entienda cabalmente el significado de los personajes de la historia. Yo creo que a los personajes hay que juzgarlos en su tiempo, y en su tiempo era perfectamente justificado y explicable que el Mariscal Santa Cruz suscitara las inquinas que suscitó con mi paisano Mariscal Agustín Gamarra. Pero ese hecho a mí no me motiva en lo absoluto, creo que Santa Cruz tenía el propósito de lograr la Confederación favoreciendo a Bolivia como sintiéndose tal vez en ese aspecto más boliviano que peruano y ese era el mismo propósito de Gamarra sintiéndose desde luego más peruano que boliviano. La posición de ambos se justifica perfectamente pero cada quien jugó un papel importante en la vida política del Perú. No hay en el Perú un sentimiento anticrucista, llamémosle así, no habido nunca, por el contrario tuvo partidarios sin duda apasionados en Arequipa y en el sur del Perú y naturalmente liquidada la guerra de la Confederación —que algunos consideran un grave error histórico, entre ellos un historiador de las calidades de José de la Riva Agüero—, pues creo que Santa Cruz fue un hombre muy positivo en Bolivia como gobernante y legislador, como organizador de instituciones y fue una luz. En el caso del Perú también contribuyó eficazmente en diferentes etapas de nuestra vida constitucional, tuvimos diferencias desde luego políticas con él, la guerra de la Confederación. Pero creo que mirando en perspectiva, tal vez no les faltaba razón a ambos, a Gamarra y a Santa Cruz. Un entendimiento más fluido, más tolerante entre ambos, habría conducido a lo que pudo y debió ser una realidad, una unión que ahora creo estamos en posibilidad de crear, una forma de la política como la que ellos se empeñaron en realizar. Una unión sólida y

firme entre dos pueblos hermanados por su tradición y llamados a un común destino.

C.M.: El gobierno de Bolivia así como usted lo ha mencionado, está viviendo una circunstancia particular. El presidente Hugo Banzer atraviesa un delicado estado de salud y existe la posibilidad de que pudiese renunciar a la presidencia si el diagnóstico de los médicos indica que no está bien. Esto coloca al vicepresidente Jorge Quiroga en un trance de ser presidente interino, en realidad como Presidente Constitucional hasta fin del mandato. Usted ha vivido esta experiencia de manera muy distinta. ¿Es posible que le dé algún consejo, le exprese alguna opinión al vicepresidente Quiroga si este estuviera en el trance de hacerse cargo de la primera magistratura de Bolivia?

V.P.: No. Creo que sería muy presuntuoso, yo conozco al vicepresidente Quiroga y a mí me ha hecho una impresión estupenda, un joven excepcionalmente inteligente y brillante que ciertamente es un lujo como vicepresidente de Bolivia y estoy completamente seguro de que tiene las suficientes luces y la capacidad para manejar y conducir con acierto esa etapa de transición. No dudo que ha de tener éxito, le deseo en todo caso muchísimo éxito. Todo lo que él tiene que hacer es utilizar su talento y ponerlo al servicio de los ideales democráticos de Bolivia. No dudo que así será.

C.M.: Voy a hacer una infidencia. El vicepresidente Quiroga me comentó hace algunos días que en una conversación con usted, le dijo que por las circunstancias que le han tocado vivir, usted sería el Jimmy Carter del Perú, una suerte de personalidad que garantice el futuro del manejo de elecciones, que sea un referente para la transparencia. ¿Usted se ve, señor Presidente, y esta es mi última pregunta, como un Jimmy Carter peruano?

V.P.: Bueno, vea usted, *mutatis mutandis*, creo que con Carter tengo una afición común, la afición al maní. Pero en lo demás él es un gran luchador por los derechos humanos y desde luego yo me he empeñado también en eso, pero es una personalidad cuya relevancia e importancia es demasiado grande y sería excesivamente vanidoso pretender hacer un parangón o comparación. No, yo creo que he cumplido una tarea que las circunstancias me han impuesto con una enorme suerte y en esto sí quisiera decirlo porque me parece justo. Éxito porque conté con la colaboración de un hombre excepcional desde el punto de vista técnico y todavía mucho mejor desde el punto de vista humano como es Javier Pérez de Cuellar, cuya dimensión nacional e internacional fueron una carta de presentación excepcional para el gobierno que yo presidí, acompañado él, además de un equipo ministerial excepcionalmente valioso que no solamente ha colaborado, sino que ha cumplido una labor patriótica con un desprendimiento que yo no me cansaré de exaltar. Detrás de ello hay más.

Ha habido instituciones, el Congreso, el Poder Judicial, el Tribunal Constitucional, el Consejo Nacional de la Magistratura, que de pronto han cobrado conciencia de que el Perú necesitaba reaccionar frente a este pasado inmediato y enfrentar el futuro con otra mentalidad, con una nueva visión de nuestro destino, las instituciones de la sociedad civil que apostaron entusiastamente por el cambio y finalmente el pueblo común y corriente, los jóvenes y particularmente los niños que han participado en este proceso con una fe y una esperanza que son conmovedoras. Eso revela que en el Perú había una enorme reserva moral que estaba esperando la oportunidad, no diré para manifestarse, sino para eclosionar en un afán de cambio, de transformación que yo quiero creer que en el proceso que se inicia el 28 de julio próximo va a encontrar la orientación apropiada como para materializarse en un proceso de transformación sustantiva del destino de nuestra patria.

C.M.: Muchísimas gracias, señor Presidente. Lo que quizás sea el mensaje más importante que nos deja es la recuperación de un sentido de valor, no solamente del cargo del Presidente de la República, sino del conjunto de la sociedad cuyo desafío es recuperar su camino a partir de la solidez de las instituciones y el respeto a la Ley.